

Centro tan sólo daban sus respectivos contingentes á la Convención. Apenas se habían reunido aquellos diputados cuando ya los perturbaban las inoportunas proposiciones del municipio y del departamento. Y para justificarlas, sostenerlas, esparcirlas, idearon los peticionarios una especie de *memorándum*, en cuyas páginas luchaban las dos revoluciones que latían bajo el suelo y que eran revolución material una, revolución moral otra. Así, mientras en tales párrafos pedía solamente las acusaciones contra los girondinos demandadas por la opinión general, en tales otros párrafos los condenaba sin escrúpulo á muerte y los remitía sin empacho al verdugo. El Congreso no debía estar muy propenso á la violencia cuando Barrere se levantó diciendo que jamás podría fundarse la libertad en pueblos cuyos representantes se veían incapacitados de emitir libremente sus opiniones y sus votos, pues ningún pueblo habría de rebajarse y envilecerse hasta recibir de la fuerza una constitución de derecho y á nadie se le podía perseguir por sus creencias sino por sus actos. El comité de Salvación Pública, al ver lo mucho que se enmarañaba la madeja política, intervino en aquella competencia entre la Comunidad y la Convención requiriendo del público presentase cuantas pruebas tuviese contra los girondinos, seguro de que al tercer día cumpliría la correspondiente justicia. Tal determinación, lejos de calmar á los comuneros, exaltólos, llevándose al municipio la idea de recurrir como un último extremo á la guerra. Así los jacobinos del ayuntamiento, como los clubistas del arzobispado, divididos hasta tal solemne hora, se juntaron como en un solo cuerpo en un solo espíritu y decidieron vengarse de los diputados, quienes se habían reído indecentemente, según ellos, de la majestad y de la soberanía populares.

Decidido esto, comenzaron las proposiciones más descabelladas. Unos decían que la municipalidad llegaba, traidora y doble, al extremo de pactar y entenderse con los girondinos; otros que, resucitada y rehecha la municipalidad por el pueblo, fuera ingrata y cruel hasta el punto de olvidar á su creador; estos acusaban á Dobsen de reaccionario; aquellos clamaban porque se apelase á la revolución en armas y se desarraigase á la Gironda por método idéntico al empleado en desarraigar á la Convención. Así, tras tales palabras, saltaron resoluciones, con estas palabras congruentes. En la noche del uno al dos de Junio, los revolucionarios ostentaron pública y solemnemente sus fuerzas y dijeron al aire libre sus propósitos. Cada empleado del Ayuntamiento cogió un hachón parecido á tea de incendio y todos se fueron, formando como dos hileras de luces fantásticas, por calles y plazas á la notificación pública, con estruendosos pregones, de haberse concluido y disuelto la comisión de los Doce. Innumerables músicos en orquestas muy bien concertadas iban tocando marchas y al toque despertando á los pacíficos habitantes de la capital, quienes, incorporados de sus lechos y puestos á la ventana, creían presenciar una comedia de magia ó leer un libro de andante caballería. Cuando estas músicas suspendían sus tocatas, parábase la procesión, y un orador cualquiera leía en voz alta discursos y arengas, á cuyo

término sonaban las trompetas y los tambores en horrible aquelarre. Nadie hubiera seguido aquel ridículo movimiento, si el dos de Junio, día festivo, no se juntara la guardia nacional. Y hasta la guardia nacional fué por los clubistas y por los municipales engañada, diciéndole que sacase los cañones para llevarlos á las puertas del panteón, y, sacados ya, les dijeron que los llevase á las puertas del parlamento. Esta moderación del pueblo, resistiéndose á tantos manejos sin entrar en motín alguno, apesar de los muchísimos impulsos que desde los clubs y el Ayuntamiento hacia el motín los empujaban, engañaron á los girondinos, imposibilitados de creer que la Convención cercenara sus principales diputados y que París no viera la sublevación de los departamentos. Reunidos comieron los principales corifeos de la Gironda en casa de Loubet la noche primera del incipiente mes de Junio. Loubet acariciaba una idea fija, la idea de sublevar á Francia entera contra París y su Montaña. Propúsose así á los comensales, y nadie asintió á su proposición. Aunque algunos, más tarde, cayeran, dementados por sus respectivas desesperaciones, en el plan propuesto por Loubet, todos convinieron aquella noche en preferir la propia muerte y el personal deshonor á una guerra civil, cuyos resultados inmediatos serían desgarrar el suelo de la patria y dejar las líneas fronterizas al embate de la irrupción extranjera. Oradores la mayor parte de aquellos hombres entregados á la filosofía estoica, por las obras de Plutarco formulada, hablaron de la muerte y de la inmortalidad como pudieran hablar Sócrates ó Séneca y decidieron morir antes que claudicar. Representantes legítimos de la nación, legisladores obedecidos por el pueblo, gobernantes en el período último, factores de todas las leyes, juraban guardar su carácter pacífico y su representación legal, aunque á la violencia los moviese injusticias tan grandes como las injusticias montañesas. Así pensaron en quedarse dentro de la Convención, en ir á sus sesiones reunidos y procesionalmente, muy levantada la cabeza y muy sereno el gesto, en sentarse cada cual sobre su silla curul y defenderse como se defendiera el senado romano de la irrupción gala, en oponer á los discursos gárrulos é incendiarios votaciones deliberadas y conscientes, en representar hasta el fin las leyes y el derecho establecido. Tales fueron sus resoluciones, resoluciones tan enteras como justas, por las que no salvarían sin duda sus vidas, pero salvarían su opinión ante los pueblos, su honor ante la conciencia pública, su nombre glorioso en los anales de la Historia.

Tan buenas resoluciones por los moderados de la Convención fueron contrastadas y combatidas, quienes aconsejaron á la Gironda, no según las exigencias del honor en la escuela y partido aquel, según las propias conveniencias de su tranquilidad y de su medro. Noche terrible aquella noche trágica. París estaba silencioso y desierto, pero iluminado con brillantez que aumentaba su soledad y su tristeza. Imagináos un fúnebre panteón esclarecido y adornado para un regocijado baile. Y sobre tal panteón sólo se oía el redoble de los tambores que sonaban como un trueno intenso y continuo. Todos estos accidentados

penetran de un modo misterioso en las intimidades del alma y aumentan en los tristes las tristezas. Todos aquellos rumores de las ciudades, tan opuestos á los rumores de las selvas, eran buenos para intimidar y desesperar á los perseguidos. En público, ante un gran tumulto, en el seno de cualquier congreso muy visible, bajo bóvedas teatrales, sobre un pedestal formado por resonante tribuna, los grandes fragores excitan el movimiento, que produce á la postre un calor, á cuyos efluvios se acercan los caracteres y se provoca el heroísmo. No contribuyeron poco Agoras y Foros á las nativas heroicidades increíbles de griegos y romanos. Pero los girondinos, encerrados en apartadísima casa, fugitivos y acosados; sin más compañía que la compañía de su propio pensamiento; puestos en la triste alternativa de optar entre la proposición y la muerte, debían más y más amilanarse al estruendo del cañón, al repique de las campanas, al trueno de los tambores, al grito de los clarines, al eco de los hurras que los delataban de traidores y los remitían á la guillotina. El dulce y persuasivo Meillán, convencional de la derecha, entonces republicano muy tibio y más tarde realista muy convencido, formuló con grande precisión los consejos que había sugerido el egoísmo á sus compañeros de fracción y afines de origen, obediente sólo al propósito de impedir que fuera la Gironda dentro de la Convención y en brazos de la derecha inmolada, manchándola con sangre é infligiéndola irreparable deshonra. Parece imposible que los heroicos diputados, cuyo valor se mostrara en tantas ocasiones, admitieran esta sugestión de la timidez, tan perjudicial siempre, y cayeran en esta trampantoja urdida por el más interesado egoísmo. La situación psicológica de aquella gente no excusa, pero explica su proceder. Buzot, viendo coronados sus esfuerzos con una irreparable rota, se dió al silencio y al retraimiento, como un héroe antiguo pudiera darse al suicidio. Pero Barbaroux, menos desesperado y más activo, creyó de su deber presentarse ante sus enemigos sin retroceder un paso sino al caer bajo el último golpe que le asestara la muerte. Nadie le siguió. Todos se quedaron en casa de Meillán encerrados, con esa resignación de los estúpidos rebaños aguardando en el matadero la matanza. Pero, ¿cómo salir de aquel intrincado laberinto? ¿Cómo salvar á los girondinos sin que sus salvadores se perdieran? ¿Cómo hacer la vista gorda y dejarlos escapar sin que se amotinara el pueblo? ¿Cómo retenerlos en París y dentro de su encierro sin que al cabo el pueblo los inmolara? Garat, ministro de la Gobernación, á quien ya conocemos por indeciso y ondulante; gran enderezador de entuertos; amigo de no comprometerse con nadie; sirviendo en su obsequiosa y cortesana solicitud á tirios y troyanos; Garat recurrió á las antiguas historias clásicas, encontrando en ellas, sino una solución radical, un expediente habilísimo, por el que, si no se conjuraba, se remitía la tremenda catástrofe á más tarde. Las pasiones promovidas por la revolución duran todavía y trascienden á nuestros mismos tiempos. Existen ahora escritores girondinos y escritores montañeses como existieron el año noventa y tres. Los montañeses echan en rostro á los girondinos sus continuas evocaciones de las figuras y de

las edades clásicas. Pero el mal, si mal era, estaba en todos. Ningún orador, y menos que ningún otro, Robespierre, dejaba dormir en paz la memoria de los antiguos. Gloria de Milciades, valor de Temístocles, prudencia de Aristides, fortuna de Pericles, desgracia de Demóstenes, arengas de Cicerón, esfuerzos de Bruto, intrigas de Clodio, crímenes de Catilina, todo esto andaban por los clubs, por los congresos, por las arengas, entre montañeses y girondinos; y á todo esto recurrió Garat para salir del conflicto.

Ya hemos dicho que reaparecía en este momento crítico el comité de Salvación Pública. Ya hemos dicho que, si este comité de Salvación Pública perteneció en sus comienzos á los girondinos, pertenecía por Mayo y Junio del noventa y tres á los dantonistas. Allí estaba el gran financiero Cambón; allí el diplomático Barrere; allí Delmas; allí Dantón; y ante todos ellos reunidos expuso Garat su pensamiento. Querellábanse Aristides y Temístocles en las plazas públicas de Atenas, según sabe todo el mundo de antiguo, y Garat repitió de coro. Tal disputa no dejaba en paz á la ciudad, exaltando los ánimos, y dividiéndolos en irreconciliables facciones. Un día el prudente Aristides, penetrado de cuánto mal á su patria bien poco de su grado hacía, habló así: «Los atenienses no se pacificarán sino después de habernos arrojado los dos rivales al abismo, donde arrojan sus condenados á muerte.» «Que la Gironda se retire, añadió Garat, y los montañeses expidan rehenes á las provincias asegurándoles completamente no las atacarán en su natural existencia y no les desconocerán sus naturales derechos.» Dantón, enmudecido y cabizbajo hasta entonces, levantóse de un salto como si hubiera visto y tocado súbita revelación. A la inerte indiferencia sucedieron en su grande ánimo las profundas emociones. «Yo me ofrezco, gritó, para ir entre los rehenes á Burdeos y satisfacer á la Gironda. Propongámoslo en la Convención.» Barrere, que siempre formulaba todos estos proyectos con su destreza y habilidad nativas, lo propuso acompañado por los martillazos ciclópeos que daban las sienas y los resuellos de Dantón entusiasmado. Pero el entusiasmo de tan gran tribuno y el antiguo método de Barrere en sus componendas y arreglos estrelláronse sin remedio contra la frialdad de Robespierre. Mientras el comité de Salvación Pública, en una gran sesión, había recogido como una tabla encontrada en su naufragio lo propuesto por Garat, alzaba los hombros Robespierre y ponía en sus labios sarcásticos desdén y exclamaba frío é indiferente aguzando su retina de lechuza, «eso es un señuelo que tienden los girondinos á los buenos patriotas.» En vano los proponentes le preguntaban por qué vía se necesitaba ir y por qué puerta entrar para salir del conflicto. Robespierre insistía en su revolución moral, la cual, ó bien no era nada, ó bien era el prólogo de la revolución material sostenida por Marat. Aquella implacable indiferencia del triunviro, principal muñidor de la Montaña, sólo servía en último término á desacreditar y perder la Convención, pues un parlamento, que se deja cercenar sus principales miembros, queda deshonrado y perdido. En estas llegaron terribles noticias á la sesión. En la Vendée los

magistrados de la República se hallaban como presos; en el alto Loira facciones innumerables entregaban á saco los pueblos, á tala los campos, á incendio las casas, á muerte los ciudadanos; en Lyon ochocientos republicanos acababan de caer bajo la cuchilla de los feroces reaccionarios y tantos cadáveres difundían el pánico por la población, epidemia por el aire. Ante un espectáculo así los montañeses tornaron á revolverse contra los girondinos delatándolos por fautores, ó cómplices á lo menos, de tantos crímenes. Como la Gironda se había ido, el más profundo silencio respondió á los cargos y á las acusaciones. Por fortuna estaba Lanjuinais allí, quien, erguido, sereno, inspirado en su espíritu fortísimo y en su complexión catoniana, duro de cabeza y firme de voluntad, se levantó á protestar contra tantas injusticias, sin que le arredrasen los gritos, las amenazas, los insultos, las calumnias que de todas partes llovían sobre su maltrecha y asendereada persona. Merced á Lanjuinais y á su verbo entró un rayo de luz en tanta noche, mostrando el envilecimiento de aquella Cámara, las miserias caídas sobre sus representantes, el cautiverio que acababan de infligirle, sus decretos pisoteados en las calles de París, sus comisiones desobedecidas, su recinto violado, la suma de sus derechos borrada, sus mejores miembros perseguidos como fieras y su honor conspuído por unos clubs delirantes arrastrados de una fiebre que todo lo consumía y devoraba. Los gritos más violentos acompañaban á estas valerosas palabras, pero Lanjuinais, sin hacer caso de tales violencias, añadía: «estáis oprimidos y sois instrumento vil de los tiranos.»

La Convención, después de tal botonazo que la marcaba con hierro candente, metido hasta los huesos, empezó á moverse con movimientos violentísimos y á delirar con delirios de fiebre como la Pitonisa de Delfos cuando preveía y anunciaba desgracias inminentes á su patria. Ya no hubo discursos; hubo pistoletazos. Las lenguas se encerraron en las bocas; pero los cañones de las pistolas salieron de los bolsillos. Aquello parecía una serie inacabable de preparados y aperecidos duelos á muerte. La serenidad catoniana de Lanjuinais lo conjuró todo; y le permitió hasta proponer que fuera disuelto el dictatorial municipio. Al decir el orador éstas proposiciones, entraron en la barra los municipales, ó sean, los regidores. Su presencia no desconcertó al formidable tribuno, pero alentó á todos los enemigos de la Gironda. Con efecto, el municipio demandaba la prisión provisional de cuantos convencionales fueran sospechosos. Mallarmé presidía y estuvo al nivel de sus deberes. «Si hay traidores, dijo, entre nosotros, se necesita descubrirlos y juzgarlos. Antes de castigar un crimen, hay que demostrarlo.» El valor de la presidencia se aumentaba en las circunstancias ambientes que se reunían en aquella hora crítica, cuando por los alrededores del palacio parlamentario se dilataban tropas y más tropas en son de amenaza y los diputados no podían salir de su recinto sin que les apuntaran las carabinas al pecho. Y si únicamente hubiera sido fuera, vaya en gracia; pero dentro había quien desacataba con desacato profundísimo al Congreso como los de fuera. «Ved, exclamaban los de

la izquierda dirigiéndose á la derecha, todo París está en armas, en armas por vosotros si sois fuertes, y si débiles sois, en armas contra vosotros.» Al momento de dar la presidencia su respuesta firme y justa que arriba mencionáramos, un pánico terrible se difundió por todas partes. Varios asistentes á las tribunas, furiosos y fuera de sí, concitan á las armas y proponen el degüello. Un diputado de la derecha, intimidado por aquel espectáculo, grita: «salvad al pueblo de sí mismo, salvad á vuestros compañeros; y para salvarlos, decretad su arresto.» Parecía que, dadas las circunstancias y dados los hechos, tal proposición se respiraba en los aires. Pero había una oscilación tan extrema en aquellas inteligencias y voluntades convencionales que la Cámara toda se levantó á rechazar el arresto. Mas, un hecho singularísimo patentizaba cómo no podía nunca reunirse la Convención ni en iguales propósitos ni en iguales pensamientos. Mientras centro, derecha, izquierda, se levantaron como un sólo hombre, allá en la Montaña quedóse inmóvil un grupo, mejor dicho quedáronse inmóviles dos grupos, el capitaneado por Robespierre y el capitaneado por Marat. Esta inmovilidad tuvo inmensa trascendencia. Maratistas y jacobinos comprendieron que no se cumplía su plan de levantar la Montaña contra la Gironda y resolvieron levantar el pueblo contra la Gironda y la Montaña. Desde luego todo lo sucedido demostraba la inania del proyecto robespierista y de sus movimientos morales, á la postre reemplazados sin remedio por movimientos materiales, Robespierre, que hubiera querido triunfar, pero triunfar por sus medios; no perdonó el empujón, que hacia el abismo le habían dado sus comprometedores afines, los maratistas, de su persona y de su plan muy desafines en este supremo instante. Queriendo sacarse la espina, clavada en el cuerpo, sin dolor y sin responsabilidad, tuvo que pasar por todos los dolores humanos y que recoger todas las responsabilidades imaginables. Se necesita ser muy ciego, y Robespierre no lo era, para dejar de presentir que aquel amargo pan de la revolución violentísima contra los republicanos conservadores, había de concluirse con la revolución violentísima contra los republicanos radicales, sin que tardase mucho el cumplimiento de la justicia en el tormentoso curso de los hechos.

Impelido, mal de su grado, hacia la revolución material, por él concebida y con maquiavelismo patente puesto bajo la enseña engañosa de la revolución moral, no pudo escurrir el bulto, como deseaba, y nunca perdonó á Marat y á los maratistas le hubieran obligado á soltar la máscara y á proceder con franqueza. Por fin, triunfó la política del Arzobispado. Todas las consideraciones hipócritas fueron dadas de mano; todas las componendas recientes desmentidas con general escándalo. Desde la hora de tal decisión hasta la hora de su cumplimiento, pasaron varios incidentales sucesos. Entre la Convención y el Municipio hubo cien hormigueros de emisiones y embajadas políticas. Los comisarios enviados por el Parlamento á Marsella volvieron de su comisión, y mostraron cómo estaba de dolorida la gran ciudad republicana. Un orador como Lassource se levantó, y, prescindiendo